



# **DUMITRU** delincuente

**koldo  
izagirre**

erein

**DUMITRU**  
**delincuente**

**koldo izagirre**

Perceval, 8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*1.ª edición en euskara: noviembre 2015*

*1.ª edición en castellano: febrero 2017*

Título original en euskara:

*Dumitru*

Imagen de portada:

Katiuskak

Diseño de portada:

Juanba Berasategi

Maquetación:

Erein

Tratamiento del rumano:

Mariana Tullbure

© De la traducción:

Fernando Rey

© Koldo Izagirre

© EREIN. Donostia 2017

ISBN: 978-84-9109-165-3

D.L.: SS-213/2017

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: [erein@erein.eus](mailto:erein@erein.eus)

[www.erein.eus](http://www.erein.eus)    

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008 F 943 130 822

e-mail: [edizioak@itxaropena.net](mailto:edizioak@itxaropena.net)

[www.itxaropena.net](http://www.itxaropena.net)

# **DUMITRU**

**delincuente**

**koldo izagirre**

**Traducción de Fernando Rey**



*A todos los Dumitru.  
Por ejemplo, a Iker.*

# I

*Esta es una historia sencilla que tiene como protagonista a un pez. Nació de un gran río, pero no es un pez muy grande. Es más bien pequeño. Aunque está en período de crecimiento, no parece llegue a medir mucho más. Tampoco aspira a eso. Quiere ser normal, como la mayoría. Pero, además, piensa que con esa mayoría se pueden hacer grandes cosas. Limpiar las aguas, por ejemplo. O llevar los ríos a lugares donde la sequía mata a la gente.*

### **Aquí no es como en la capital**

“Es la crisis” dicen las televisiones y los periódicos, repitiendo lo que afirman esos señores que se llaman expertos. Pero los habitantes de estas estrechas y tortuosas callejuelas donde antes había bullicio y algarabía, llaman “silencio” a este pesado ambiente que se ha apoderado del pueblo desde que la escasez de trabajo hizo su aparición. La falta de ajetreo trajo consigo una gran melancolía, una especie de bruma diaria se adueñó de todo. Por eso aprecian tanto la música callejera. Nadie conocía a Cosmin, nadie sabía que en el mundo pudiera existir alguien de nombre Cosmin. ¿De dónde eres? ¿Cómo tú por aquí? ¿Dónde has aprendido a tocar? Lo tratan como uno más cuando aparece los fines de semana escapando de la dura competencia que hay en la capital. Pone alegría a nuestra desolación. La

verdad es que no toca muy bien, pero ahuyenta la tristeza, nos hace escuchar melodías de aquí y de allá, de ésas que en la radio solo se oyen de vez en cuando. Ha resucitado algo que estaba muerto. Y aquí, a diferencia de la capital, en estas pequeñas y tortuosas callejuelas, privadas de tiendas de marca, nadie desentona a pesar de que vista un tanto desaliñado. No somos ricos para comprar ropa cara, te dirán. Pero no les falta una moneda para dejarla caer junto a Cosmin, el acordeonista, que siempre viste ropa usada.

### **Conversación de mercado**

En primavera cerezas, en verano melones, en otoño manzanas, en invierno una buena estufa para que los clientes calienten sus manos mientras se deciden entre comprar berza o comprar puerros. Y buen humor. Y fruta del tiempo. Eso es lo que tiene este tendero. Se llama Mohamed, es buen conversador y domina varios idiomas.

—¡Para vender, importante saber hablar!

Cuando le preguntan en cuántos lugares ha vivido se echa a reír. Nunca te dirá por qué rincones



del mundo ha tenido que sudar como tendero, pintor, transportista o barrendero. Es joven, pero seguramente ha hecho un largo camino.

–Verduras del país. Todo natural.

Atiende a Felisa.

–Cogeré acelgas.

Mohamed agarra un manojo de acelgas y lo pone en la balanza.

–Acelga, buena acelga. De caserío. ¿Qué tal esa rodilla, señora?

Felisa suspira, lo hace cada vez que le recuerdan que bajo los músculos tiene huesos.

–Cada vez peor, tendré que operarme.

–Osakidetza buenos médicos. Tranquila.

Felisa coge una patata.

–Ponme medio kilo, no me queda nada.

Mohamed se acerca a las papas con el plato de la balanza en la mano. Él les llama así, papas. Con mucha delicadeza, usando dos dedos a modo de pinzas, se apodera de la que Felisa tiene en su mano y la deja encima del montoncito que ha colocado en la balanza.

–Con zanahoria, acelga muy buena. ¿Quiere zanahoria?

Las mujeres que esperan empiezan a murmurar, porque la compra de Felisa se alarga por la conversación de Mohamed.

*—Este habla mejor euskara que castellano...*

*—¡A estos no les hacen falta ikastolas! ¡Menuda escuela tienen!*

*—¡De fuera vendrán que de casa te echarán!*

Eso es, exactamente, lo que las clientas se dicen al oído. Mohamed les guiña el ojo sonriendo. Les ha entendido, o sabe de lo que hablan. Sea lo que sea, el cliente siempre tiene razón.

### **El músico de la acera**

Mohamed no le ha preguntado sobre la rodilla por cumplir, sino porque la pobre Felisa cojea mientras tira del carro de la compra. Da pena verla así. Se acerca al sitio de donde viene la música. Todos los sábados se detiene delante del acordeonista. Le vienen a la memoria los bailes de cuando era joven, el recuerdo de las romerías... ¡Qué bien toca! A Felisa, al menos, la música del acordeonista le parece preciosa, *¡O sole mio!*, y el hombre mueve también los labios, canta en voz baja... Felisa mete su mano

en el bolsillo del abrigo, y echa un euro dentro del sombrero que el acordeonista mantiene boca arriba.

Pero, en vez de dar las gracias como suele hacer en otras ocasiones, deja de tocar dedicándole una educada sonrisa. Como si Felisa no se mereciera oír la melodía completa.

–*Scusi, señora, soi molto enfadato.*

La infeliz de Felisa se asusta.

–*¿Enfadado conmigo?*

–*Usted da caritate a me.*

Felisa se sonroja de vergüenza. Y saca la cartera.

De pronto, el músico se levanta del bordillo donde estaba sentado y agarra del brazo a la mujer. Unos vecinos que se acercaban por la acera se detienen en torno a la pareja: ¿Querrá robarle la cartera a la anciana el andrajoso ése?

–*No, no más dinero. Usted da dinero a me, y usted no accetta musica di me.*

¿Qué será lo que ella no capta? No entiende. Le da miedo ese hombre tan grosero.

–*Oiga, deje en paz a esa mujer!*

Pero el músico hace como que no oye. Mira a Felisa frente a frente. Los ojos del músico son de

un precioso color castaño. Es un bruto, pero tiene la voz tan suave como una manta de felpa, cálida y envolvente.

—*Signora, usted da dinero a me y va. ¿Por qué no resta un poco, a ascoltare? Tú das dinero a me, io do musica a te. ¿No gusta della mia musica?*

¿Por qué se le habrán sonrojado las mejillas a Felisa? Eso quisiera saber ella.

Dos policías municipales se aproximan al acordeonista.

—*Io non voglio carità!* —protesta el músico un tanto molesto ante los municipales, que no entienden muy bien a qué se refiere.

### **La tribulación de Felisa**

Tengo la rodilla más dolorida que nunca, al final tendré que operarme. ¡Qué hombre más raro! ¡Menudo susto me ha dado! ¿Pero qué se cree? Y lo peor es que si me siento se me calma el dolor pero me quedo sin fuerzas, me cuesta un año levantarme con esta rodilla. Si no quiere caridad, pues no le daré ni un céntimo. Mañana tengo que comprar más alcohol de romero. Tengo que apuntármelo

para que no se me olvide. ¿Por qué me ha metido tanta zanahoria el adulón de Mohamed? Pero si no hago ese alto para la limosna, me va a doler más. Y si me quedo a escuchar la música, ¿qué van a pensar de mí? Mañana prepararé pollo, hoy haré pescado. Olatz come a gusto la sopa de pescado. Pensarán cualquier cosa... ¡Creerán que no tengo radio en casa! A Olatz le gusta todo lo que preparo. ¡No sé si no me engaña! Dirán que estoy muy mayor, que no puedo ya ni con el carro de la compra... ¡O pensarán cosas peores! ¿Por qué se me acaloran las mejillas hoy? También ahora me ha hecho bien la friega de alcohol. No, no me voy a operar. Bueno, a ver si hago la sopa de pescado antes de que aparezcan esas dos. De todas maneras, estas cosas de huesos no se arreglan así como así... ¡Anda, pero si me he venido sin comprar el rape! Tendré que volver al mercado. ¡Con esta rodilla!

### **El Danubio no es azul**

Mediodía, momento en que el sol calienta el pavimento. Y además de ser mediodía y estar soleado, es sábado, primero de octubre. Con los bolsillos no

calientes pero sí bastante tibios, al menos no helados, salgamos a tomar el aperitivo, comentan los vecinos, que ya llegará el fin de mes para andar escasos de dinero. Salgamos, tenemos música, música en directo, nuestro Cosmin. Nostálgico, está interpretando, con mucha delicadeza, una polca que aprendió en Eslovenia. A pesar de sus toscos dedos, se las arregla para transmitir alegrías y penas. Tiene oyentes agradecidos, estiman cualquier cosa que rompa el silencio.

Se le acercan unos parroquianos, bebida en mano, desde la cafetería de al lado. Son parejas vestidas como para una fiesta o una boda. Un pretexto para gastar en ropa, una locura que hay que hacer de vez en cuando. Uno de los hombres habla al acordeonista, sin dejar disfrutar de la interpretación a los demás.

—Perdone, ¿podría tocar el Danubio Azul?

Y le muestra un billete de diez euros.

El músico interrumpe su trabajo pausadamente, hasta vaciar todo el aire que quedaba en el fuelle.

—¿El Danubio A-zul?

Varias parejas comienzan a bailar un vals imaginario, salpicando la acera con parte de la bebida.

–Danubio Azul. *Da-nu-bio A-zul. Vals. Danza. Bailar.*

El músico, afligido, objeta.

–*Danubio no azzurro.*

Las parejas se quedan desconcertadas, y dejan de bailar la música imaginaria.

–*Dunărea este neagră! Danubio nero!*

Las parejas ríen.

–¡Danubio malo!

Risas para un acordeonista apenado.

–¡No te pongas así, hombre! ¡Toca un vals!

Otro parroquiano le ofrece un billete de veinte euros.

Pero el acordeonista eleva la voz dirigiéndose a las parejas.

–*¡Danubio no azul! ¡Danubio no azul!*

Entre estos bailarines envueltos en ropa cara se asoma una anciana con su bolso, lentamente. Es Felisa, que regresa del mercado con una bolsa blanca de la pescadería.

–*Dunărea a luat vaca bunicului meu, a luat casa noastră, cartierul nostru... ¡Dunărea este rea!*

Los pulmones del músico se han vaciado como el fuelle del acordeón, en un débil suspiro. Parece

que una vez dicho lo que tenía que decir se ha dormido, o se ha mareado. Los de la acera miran a Cosmin confundidos, tampoco Felisa sabe cómo consolarlo. Parece que el pobre tiene una gran pena, eso sí que lo ha notado.